

NOTAS Y COMENTARIOS.

ORTEGA EN SÍ MISMO

“Vida significa la inexorable forzosidad de realizar el proyecto de existencia que cada cual es”.

Pidiendo un Goethe desde dentro, 1932.

La memoria, ese flujo interior expuesto a tantos vaivenes, actúa ni más ni menos como una mujer de la calle: irreflexiva, supersticiosa, olvidada de sus culpas, hincándose al paso de una procesión, hecha toda ella una tea ardiente en el aniversario de algo o alguien que los demás recuerdan. Ahora se le antoja que ella también le debía mucho y ha perdido su tiempo en ignorarlo. Ocupada en vivir, como los organismos sanos, no se entretenía en tomarse el pulso. Porque, ¿qué sentido tiene que reverenciamos a fecha fija, taxativa, todo aquello que se ha incorporado a nuestra vida y forma parte del légamo de nuestra existencia? De nuestra existencia como pueblo; es decir, de seres humanos que viven en un lugar determinado del planeta: esa diminuta porción de Gea, o Tierra, desde la que hacemos ademanes en el vacío para que los demás nos entiendan. Es que éso, precisamente, el sentido que tiene es de recogimiento, de purgación de gestos inútiles y vanos; labor de ascesis para la memoria —que sin dejar de ser memoria se vuelve conciencia—; disciplina que le hará inteligir, por dentro de la mera sucesión cinematográfica en la que de ordinario se extasía, los objetos esenciales que son su razón y su orden.

“El hombre ha tardado miles y miles de años en educar un poco —nada más que un poco— su capacidad de concentración. Lo que le es natural es dispersarse, distraerse hacia afuera, como el mono en la selva y en la jaula del Zoo”, decía José Ortega y Gasset, a quien hoy recordamos a los diez años de su muerte. Fue el viajero que en 1916 vino a confirmar entre nosotros, quizá, en este Sur al que volvería una y otra vez, lo que muchos años después escribiría en su prólogo

a la *Historia de la Filosofía* de Emile Bréhier: “Todo lo que el hombre hace es utópico y no tiene sentido exigir su realización plena —como no tiene sentido cuando se camina hacia el Norte obstinarse en llegar al absoluto Norte que, claro está, no existe—”. Y la premisa de que arranca esa conclusión: “De este modo reconocemos en la filosofía el rasgo fundamental que tiene de humana ocupación: ser utopía”.

El enamorado de las ideas (“supremas muchachas agradecidas, las que hacen inmortales a las razas”, como le escribiera juvenilmente a Unamuno; “El pensamiento siente una fruición muy parecida a la amorosa cuando palpa el cuerpo desnudo de una idea”, etc), parecería que en su peripatético ambular por el paisaje —éso era para él la tierra— no hizo más que comprobaciones. En suma, *amor intellectualis*, que no es sino afán de comprensión.

América, realidad —y particularmente en esta porción de nombre legendario, la Argentina— era para él una incitación, con lo que tiene de vigorizador y fermentativo esta palabra en la terminología orteguiana: el tope de una idea, de una contemplación, de una teoría concebida, entrevista y desarrollándose ante las niñas de los ojos de un joven español al que, oyendo a sus maestros tudescos en Marburgo, le habían asaltado las ganas de saber “cómo cristaliza esa rara cosa de la filosofía en una sesera española” —así dice a Unamuno en una carta del 27 de enero de 1907 que acaba de publicar la Revista de Occidente en su segunda época—. “El hecho es que venimos con retinas frescas —agrega—, como de bárbaros, a mirar este gastado espectáculo que sólo mirado por nuevos es nuevo, se renueva”. El estudiante español es un *curioso impertinente*, a su manera, y habrá de descubrir en ese viejo espectáculo de la Vaterland, la Alemania —patria en la que hacen nido las ideas de occidente— la propia y mismísima raíz de su vida personal, es decir, el proyecto al que dará cima su existencia. No otra cosa es la *metafísica de la imaginación*, esencia quijotesca que lo embriaga para siempre en sus lecturas de Marburgo.

Oigámoslo explicarse: “La cosa en sí —diría él (Cervantes)— es la imaginación, no la voluntad. Vivir es deformar lo Informe: un optimista —proseguiría él— os diría que es conformar. Así veo yo en Cervantes una monadología, una infinitud de puntos cuya esencia es la energía imaginativa. El mundo como espectáculo y dentro de él el más bello, el espectáculo moral. Comprender, pensar, teoría es informarse en el mayor número posible de deformaciones individuales, es mirar el espectáculo que va creando por sí misma cada retina y hallar que todos son bellos y tienen un valor cuasi infinito vistos desde las retinas que los proyectan. Esta es la simpatía cervantina, la ironía del gran castellano, ironía intelectualista. Esto, en mi opinión —sigue diciendo Ortega—, constituye el cimiento del Quijote, libro que será el último que sigan leyendo los hombres cuando hayan ani-

quilado todos los demás. Cuando en la Edad Matemática, la Edad del Número, pasando por la Edad de la Idea, se llegue a la Edad de la Melancolía —agonía de la especie humana—, los melancólicos del año 3000 se reunirán en torno a un fonógrafo que con voz andrógina les leerá el cadencioso texto de nuestro libro. Y todavía sobre él se enardecerán”.

He transcripto el largo párrafo entusiasta, del joven que en sus cartas a Unamuno decía escribirle “de solo a solo”, porque me parece que esa metafísica de la imaginación es un preciso disparo, ya entrevisto inicialmente por este pensador cuyo blanco iba a ser la *razón vital*. Y como cada uno tiene su propia manera de leer los textos, la mía será la de ir acotando los suyos, en algunas fases de su trayectoria, para ver de sorprender de una buena vez a Ortega en sí mismo. Ya lo dijo, y hago mías sus palabras: “Doy lo que tengo: que otros capaces de hacer más hagan su más, como yo hago mi menos”.

Unamuno y el joven Ortega.

Buen corresponsal —malhumorado, contradictor y germinante— era Unamuno, desde fines de 1906, para el joven que maduraba en Marburgo. Le había dicho que cada día le importaban menos las ideas y las cosas, y más los sentimientos y los hombres. Y con un ex-abrupto de miga tierna: “No me importa lo que usted me dice; me importa usted”. A lo que contestaría tiempo después *Pepe* Ortega (Unamuno era amigo de su padre): “Estoy muy solo y necesito este hilillo de su amistad para ir saliendo del laberinto de mis trabajos, preocupaciones y estudios. Aquí tengo algunos libros de V. que leo a ratos y rumio como una honrada vaca idealista. No acabo de amigarme con ellos porque según le he dicho ya con afectuosa impertinencia, ninguna de ellos da la armonía de lo que V. será cuando acabe V. de salirse fuera de la realidad para crear otra nueva realidad”.

Se comprende que estas admoniciones de pichón de profesor sacarían de quicio al vasco energúmeno, que se había sorbido el Quijote. ¿A qué venía todo ese planteo, como de cachorro que se divierte en las barbas del perro guardián? En 1912 le escribe Unamuno, desde Salamanca: “Pasemos por alto nuestras pequeñas diferencias: usted y yo estamos sobre ellas. Yo procuraré contenerme en mis paradojas —¿qué es esto?— y en mis insidias, y usted pese el valor de las palabras, v. gr. patraña, impertinente, etc., etc. Y basta de esto, pues que ambos coincidimos en lo fundamental y nos estimamos y queremos”.

Creo que la exageración es la dinámica del comprender, de la simpatía humana, que unta de buen aceite los goznes del entendimiento. Si no se exagera, en uno u otro sentido, no se piensa: se dogmatiza. Claro que el dogma es la verdad a la que se llega, como

a una estación. Pero de ella parten los trenes de la imaginación, hacia los cuatro puntos cardinales. O hacia la rosa de los vientos, que con sus flechas apunta hacia otras tantas verdades. Todo consiste en “mirar el espectáculo que va creando por sí misma cada retina y hallar que todos son bellos y tienen un valor cuasi infinito vistos desde las retinas que los proyectan”, como decía el joven español en Marburgo. La verdad —provisoria, como toda estación—, a la que llegamos los argentinos que de una u otra forma subimos con boleto de primera o de segunda a ese tren de las ideas que se manejaba en idioma castellano, era que se nos invitaba a optar por Ortega o Unamuno. Una exageración, como cualquier otra. Las situaciones límites, para nuestra visión latina —todo lo atemperada que se quiera por los aires del Atlántico— no hacen más que acentuar el drama, el esquematismo, la simplificación de los hechos —en este caso el hecho supremo era la concepción de la vida— entre los héroes del cuento. O de la fábula de gigantes: Unamuno, el Rector de Salamanca, afín a nuestro inmediato pujo de individualismo. El vasco, que insulta porque ha pensado, y después teoriza su insulto; y Ortega, el profesor de filosofía doblado en gran escritor, que nunca aprendió del todo a moderar su fastuoso despliegue de la forma, pese a las disciplinas de la Grecia clásica y de la Alemania que veía con ojo crítico. (Alguna vez se lamentó: “Distraídos por mis imágenes han resbalado sobre mis pensamientos...”). En suma: era preciso españolizar, africanizar a España, como quería Unamuno; o europeizar, occidentalizar a España, como aconsejaba Ortega. No; allá no se las arreglaran ellos, mientras nosotros asistíamos al fútbol. El partido de las ideas era nuestro partido, *es* siempre nuestro partido: la porción de universo —idioma, creencias, pasado y futuro— en que nos son comunes las reglas del juego.

Por eso este epistolario de Unamuno y Ortega que ha venido a revelarnos la Revista de Occidente en su segunda época nos da, en pocas frases, algo así como el *score* justiciero al término de la tarde. En 1914, enterado Ortega del atropello que ha debido sufrir Unamuno en la Universidad, le escribe rogándole que cuente incondicionalmente con él, con su pluma, con su mal genio. Y Unamuno le contesta al día siguiente: “Sí, mi querido amigo, necesito de usted, de su pluma, de lo que llama su mal genio. Y gracias. No se me ha destituido, se me ha echado como a un perro rabioso...”.

Nada fuera de lo común a nuestras propias circunstancias hispanoamericanas habría podido ocurrir en ese entonces, en España, tan luego a D. Miguel de Unamuno. Pero lo que importa aquí es subrayar la amistad, la solidaridad a ultranza, del hombre de treinta años que ya tenía nombre respetado y prestigio internacional y los juega, sin vacilaciones, a la carta del Rector de Salamanca. Sostiene

Ortega: "Mi estado de perpetua polémica con V. me da en este asunto una gran libertad de movimientos. De un modo u otro venceremos. Luego seguiremos nuestra polémica".

Y por si no bastaran estas pruebas que nos equilibran entre uno y otro vértice, alcanzados por una misma línea de esa metafísica de la imaginación, que al fin y al cabo no es más que la idea pura del sentimiento, esto es la *razón vital*, tengamos en cuenta las reflexivas sentencias con que Ortega responde a Fernando de Unamuno, el 27 de diciembre de 1940, en Buenos Aires, a propósito del prólogo que le pide para las *Obras Completas* de su padre: "La vida del gran intelectual en nuestro país ha sido siempre un feroz desamparo. Sobre todo del más importante que es el que comienza con la muerte. Mientras uno vive, al fin y al cabo, siquiera uno se ampara, pero el hombre que ha dado su ser a crear lo que va a quedar, cuando muere, no puede ya ampararse y queda entregado a la incomprensión, estupidez y bellaquería de la posteridad. La figura humana de su padre, sobre el fondo ya de por sí extraordinario de nuestra raza, es demasiado singular para que no requiera una reconstrucción profunda y monumental".

América y el Espectador.

"Cada día me interesa menos sentenciar; a ser juez de las cosas, voy prefiriendo ser su amante".

Meditaciones del Quijote, 1914.

Dentro del rico repertorio de la lengua con que se maneja un escritor, como Ortega, hay algunas palabras recurrentes, que una y otra vez nos hacen discretas señales a lo largo de su obra. Parecen decirnos: mira allí, donde apuntó; si esta página es la palma de mi mano, sigue al índice tendido... Siempre dan en el centro. Y curiosamente, tratándose de un hombre de pensamiento, de un meditativo, van a dar al corazón. De por sí las palabras son significantes: signos expresivos de algo fluyente que nos habita por dentro y que sin ese poro que las comunica con lo externo nos invadiría, nos ahogaría. Yo no creo mucho en esos escritores de tan varia y rica forma verbal a quienes nunca se les reconoce la palabra repetida que, como un animal doméstico, nos ubica en el aire, en la luz, en los hábitos de su dueño. Y así como Unamuno decía que a él las ideas le repetían, porque era hombre de muy pocas, pero muy sólidas y firmes ideas, Ortega prefiere en cambio la "pedagogía de la alusión", que es la que el bosque practica.

Y al bosque va, al de La Herrería, en El Escorial, para oír el silencio. Pero no ese silencio de la noche tenebrosa, vacía de ruidos, en el que se oye, anómalo, el latir de las sienas. Ortega es un ser solar, amante de la luz que cabrillea por entre las hojas; y el silencio del bosque se subraya con sonidos de agua, de aletazos de pájaros resueltos a posarse en una rama vecina, nada más que breves instantes, no sea cosa que ese hombre que mira sea lo que Platón, lo mismo que Santo Tomás, llamaban un hombre científico, esto es un hombre que va de caza, *venator*.

Ese hombre que mira es el Espectador. Pero, como ha contado él mismo de Leonardo, sería capaz de comprar los pájaros enjaulados para darles suelta. Lo que él caza, en cambio, son *puntos de vista* (¿qué es esto?), ideas, apariencias de la realidad; y esa otra cosa que vuela con alas griegas, *aletheia*: descubrimiento, revelación, desvelación, quitar un velo. En suma, es un cazador de verdades. Ya lo ha dicho; allí, en ese mismo bosque de La Herrería, se le ocurrió en sus *Meditaciones del Quijote*: “Poseyendo el arma y la voluntad, la pieza es segura; la nueva verdad caerá ciertamente a nuestros pies, herida como un ave en su trasvuelo”.

Claro, se conoce que en una sesera española esa rara cosa de la filosofía prende con caracteres sensuales. Ese hombre, que tiene tanta potencia de visualidad, no puede ser sino mediterráneo, y de nada vale que distinga a sus congéneres en meditadores y sensuales, porque él pertenece a las dos castas; ahora mismo está recordando la leyenda aquella de las estatuas de Demetrios, que huían por la noche de los jardines, si no se las ataba, como según Platón dice que las impresiones se nos escapan si no las ligamos a la razón.

Ya está la pieza cobrada a sus pies. En 1916, al tiempo que repartía el primer tomo de un libro bautizado con su propio quehacer, *El Espectador*, ha venido a despedirse de El Escorial, como para bañarse otra vez los ojos en su luz, fortificarse en su silencio —tan audible, como que está habitado de alusiones— y asegurarse, asegurarse más bien, que proseguirá en su porfía venatoria. Ha venido a velar sus armas, como aquel vecino manchego al que todo podían quitarle, menos la voluntad y el gozo: potencias sensualísimas con las que el Espectador descubre a la realidad en su vuelo, la palpa con la pupila, la desvela. Esa realidad es América, el viaje que va a emprender a Buenos Aires. Y tiene mucho de emoción religiosa su despedida del bosque, de esa circunstancia que es un pedazo de naturaleza —a la que los griegos llamaron *arkhé*, lo arcano, lo inmemorial, lo eterno— enclavada en el corazón de su viejo continente; porque la vida es cosa seria, señores, y el hombre *venator* huele en el aire el tiempo nuevo, que ya ha llegado, está ahí: es el nuestro.

No quiero decir que sea el nuestro, de los americanos del Sur o del Norte, particular y exclusivo, el tiempo nuevo. Nosotros no somos más que uno de sus componentes; el otro es el mundo. Ya

tendré tiempo de explicarlo, más adelante —o mejor dicho, de explicarlo Ortega, a través de uno de sus párrafos en una carta a Victoria Ocampo—. Lo cierto es que en 1916, razonando ante los suscriptores de *El Espectador* la tardía salida del segundo tomo, dice Ortega: “Desde hace años sentía latir dentro de mí un afán hacia América, una como inquietud orientada, de índole pareja al nusus migratorio que empuja periódicamente las aves de Norte a Sur”. A su parecer, todo en Europa, aun antes de la guerra del 14, comenzaba a tener una actitud desgastada, desteñida, demasiado vista. Preveía en el viaje a América una experiencia de vida ascendente. Y el Espectador no salió defraudado. En su morral de caza cayeron piezas nuevas —esto es, ideas—, y hasta minúsculos infusorios de ningún modo desdeñables, aunque de tan cómica ferocidad que no llegaban a molestarlo. Tuvo que aplicar su lupa de psicólogo para descubrirlos. Claro está que éste era un paisaje distinto, desusado. Y hasta había (¿y por qué no?, los seguirá habiendo) leones sordos que podían desbaratar el concierto, comiéndose a San Francisco Solano.

Pero no haya dudas; *El Espectador* declaró a sus suscriptores que en lo sucesivo sería tan argentino como español: “...ese pueblo, hijo de España, parece hoy más perspicaz, más curioso, más capaz de emoción que el metropolitano. Tiene, sobre todo, una cualidad que para mi estimación es decisiva: la de distinguir finamente de valores. Podrá aceptar cosas que en rigor no son aceptables: su lujo de vitalidad, su optimismo de abundancia y juventud le llevan a derramar admiración incluso donde huelga. Pero dentro de lo que atiende y acepta establece una exquisita jéerarquía”. Posiblemente los infusorios —que por otra parte no tienen culpa alguna, ya que nadie ha revelado todavía el poder de conciencia de sí o de sus funciones que tiene un infusorio— se habrán sentido insultados ante la sola mirada inquisitiva, prevista tras de la lupa del Espectador, que en rigor de verdad no los estaba considerando sino como activos corpúsculos de un complejo mayor, que era una vida joven, excelentemente dotada y en saludable desarrollo.

El Quijote en la Escuela (o de la Gioconda).

Hegel, tan admirado, teorizó sobre América sin verla, y hasta parece que no le tenía muy buena voluntad. El antiguo estudiante de filosofía de Marburgo decide palparla, como corresponde a toda retina que es sensual. Aquella metafísica cervantina de la imaginación era preciso llevarla a la práctica. Ortega lo pensó desde sus

días de Alemania: “¿No buscan los filósofos lo facticio, lo dado, *gegeben*? —dice en una carta de 1907 a Unamuno—. Ahí lo tienen: ¿qué es lo que nos es dado, Palos. Ahora bien, ¿a quién dolían menos, a Don Quijote o a Sancho? Siendo la resistencia igual, es posible, que a mayor energía imaginativa menos dolor. Yo creo, pues —viene a decir Cervantes—, que aun a igualdad del número, los palos de Don Quijote son menos palos”. Así pues, antes de partir para América, en aquella meditación de El Escorial Ortega se afirmó en sus trece.

¿Que se da de contrastes la realidad con lo imaginado? ¿Y qué importa? Siempre serán menos palos, si lo imaginado no procede de mera calentura de los sesos, de bobo sueño de la fantasía, droga perjudicial para razas débiles. América es como esa pared en blanco ante la que acostumbraba a plantear Leonardo a sus discípulos. En ella, con las solas pinzas de sus sentidos, alertados por el ingenio —grande arquitecto— debían descubrir texturas, imágenes, movimiento, línea y color dados por la luz y el aire. Lo concreto, la realidad, es eso. La idea, su apariencia desnuda: el signo, el asterisco, la flecha; o la palabra, dedo índice que señala el significado.

Así pues, estos años de viaje sudamericano, que subsiguen a los del aprendizaje del Wilhelm Meister español, iban a completarnos su fisonomía. En adelante al Ortega hombre se le acentuarán los rasgos. Y por eso lo que pensó de la mujer, en su ensayo sobre la Gioconda, publicado en “La Prensa” del 15 de octubre de 1911, iba a tener su correspondencia, precisamente en este suelo en que se imprimió.

“La musa es uno de los cien mitos en que la mujer ha colaborado para hacerse necesaria al hombre”, había dicho. Era el enigma imposible de resolver y que obligó al pintor a dejar inconcluso su retrato, atenaceándolo con su misterio, con su orbe distante y cerrado, después de haberla llevado a contratar músicos y cabriolas de bufones nada más que para que se vislumbrase un asomo de sonrisa detrás de su melancolía.

Y aquí encontró lo que él llamaría la Gioconda austral. Es necesario dar con el preciso significado y valor que atribuía Ortega, impertérrito *venator* de la verdad, a la palabra incitación, para que midamos el alcance de esta jabalina que queda temblando en el aire. Habrá que afinar la puntería y no confiar demasiado —por lo menos, no tanto— en la seguridad del ojo cazador, no tan certero como el del neblí, prisionero e instintivo.

“Pienso, con Goethe, que es inmoral y antiestético dar el espectáculo del dolor”. (...) “Por eso el olímpido alemán cuando en sus obras tiene que hacer morir un personaje le obliga a ahogarse —manera de muerte invisible e incruenta—”. (...) “Ahogaré, pues,

mi dolor y aun si a Vd. le place, le haremos morir de risa". Son fragmentos de una carta a Victoria Ocampo, en 1917. Y todavía más; esta frase reveladora de su encuentro con la mujer —pero que era a la vez la mujer de un tiempo nuevo al que iba en su busca—: "Lo divino de los dones femeninos es ser inapelables y venir del fondo insobornable a que es fiel toda mujer superior".

Parecería que Ortega ha topado, a esta altura de su vida, con una de aquellas estatuas de Demetrios a la que ya no puede encadenar por la razón. Se acuerda otra vez de esa pedagogía de las alusiones, que predicara a su oído el bosque, y rápidamente, con toda la celeridad del *tempo* de un estudioso, que tiene mucho que leer y consultar la Biología —aunque piafe de impaciencia el hombre práctico, si es que el hombre práctico se acordó en España o en la Argentina de suscribirse a *El Espectador*— reviso los módulos esenciales de la educación del hombre. Escribe *Biología y Pedagogía* (o el "Quijote" en la escuela) que aparece en el tercer tomo, dedicado el ensayo a Domingo Barnés.

A propósito de una Real orden de 1921, que impone la lectura del Quijote en la escuela primaria, sale al cruce de los pedagogos que se oponen; para oponerse a su vez, pero por disímiles razones. Preparar para la vida, viene a decirles, no es preparar para la vida ya hecha, sino para la que se está haciendo, la creadora, la desconocida, que nos espera apenas traspongamos el umbral de la escuela, y ante la cual el maestro, de puertas adentro, no puede con sus lecciones ser más que, como del historiador decía Schlegel: un profeta al revés. La razón vital debiera ser el *primus movens* y el fin último de toda verdadera enseñanza. "La escuela ideal sería para mi opuesto gusto un instituto que hubiera podido permanecer idéntico desde los tiempos más salvajes del pasado y perdurar invariable en los tiempos más avanzados del futuro. Porque lo que ella ha de educar es inmutable en calidad y contenido; sólo es perfeccionable en intensidad".

La educación para la vida —y este es el pensamiento revolucionario, casi escandaloso, del Espectador al comenzar la tercera década de nuestro siglo— no se logra enseñando *hechos*, como quería el dómine de Dickens en *Tiempos difíciles*, o el ridículo Monsieur Homais, sino ante todo mitos, fábulas, es decir, con el más estupendo complejo imaginario, *fabulario*, en el que se bosqueja con puntos precisos nada menos que la vida del hombre en la tierra y todo el universo. Y con el término que le alargan sus lecturas de Biología Ortega acuña su más perfecto proyectil pedagógico: "El mito de la hormona psíquica".

Es que con esto no podemos estar más lejos —la distancia arranca desde una no imprevista razón de *paideusis*, en Grecia— ni más

inmediatamente opuestos de la educación practicista, glotona de informaciones útiles, con que se atormentaba y aun se atormenta el niño en la primera enseñanza, de la que lo único que aprovecha es el recreo, en el que sale a respirar el aire libre.

...Y volvamos, otra vez, a perfilar esa fisonomía del Ortega maduro que, en sus años de viaje, se perdió mirando a la Gioconda mito, y de allí, como si abominara de su anterior aprendizaje, mirando jugar al niño Félix en el jardín, sintió que era buena y bello el oficio de sagitario, de curioso impertinente, de metafísico de la imaginación, de cazador de verdades. Pensándolo bien, algunos se le había escapado; pero el solo descrédito que se consentía era admitir su mal genio. Aunque por retórica dijese a nuestra Victoria Ocampo, en 1917, que él era “un hombre adornado con los mejores defectos pero que ha sentido hacia Vd. un entusiasmo lleno de desinterés, de fidelidad y de recato”.

Contradicciones.

¿Quién era este acucioso buscador que, a ser juez de las cosas, prefería ser su amante, el curioso de humanidad que se definió por su oficio, *El Espectador*, desde 1916 a 1930? De nada servía que se presentase al mundo como un modesto profesor de filosofía. Ésos son los que están en las cátedras para ser negados, traicionados o seguidos fielmente por sus discípulos, que se sientan en silencio para oír sus palabras en medio del bosque. José Ortega y Gasset tenía muchas balas en su cartuchera. Quizá a él le hubiera gustado que dijésemos dardos, o flechas; piedras no, que son demasiado toscas, y él, aunque lo pensó como aporía, nunca pudo sentirse un hombre primitivo. Sigamos con que son balas —la imagen del cazador lo requiere—, y si lo miramos bien, pequeñísimas píldoras explosivas que desintegran donde caen. Lo cierto es que él anunció *el tema de nuestro tiempo*, y consideraba que todo escritor que se respete y no sea un simple retórico, adorador de la muerte, lo que debía hacer era preludiar a sus lectores la época por venir, los temas, o el tema supremo en el que tenían que circunscribir su atención. Por ello, quizá, escriba a Victoria Ocampo en 1928, durante su segundo viaje a la Argentina: “Mis obligaciones masculinas me reclaman. Voy a estar dos días en absoluto aislamiento, hecho pararrayos solitario de mí mismo, para ver si me atraigo, me encuentro y me recobro”.

¿Pero es que el poder de concentrarse, en la muda soledad, es acaso una ceremonia masculina que no conoce ni por las tapas la mujer? He aquí que el hombre se pinta en una psicología interesante. A la puerta, la mujer verá qué resulta de todo eso. Porque

hace ya mucho que aprendió a estar a solas. La monja mexicana, Sor Juana Inés de la Cruz, cuando una priora muy santa y muy cándida le quitó los libros de su librería para que no estudiase, le pareció que pecaba lo mismo, pues nadie podía quitarle lo que ella llamaba "el movimiento de su imaginativa", puesto a obrar sin descanso, ya sea durante las labores en la cocina, viendo jugar a las niñas en el recreo o cuando en el sueño se ponía a resolver sus teoremas.

El *Sturm*, el *furor teutonicus* con que Ortega se representa a sí mismo la ecuación masculina del pensador, no nos convence del todo. La mujer está habituada a la soledad y siempre es su propio pararrayos, ya sea en el sentimiento como en el pensamiento, aunque no lo celebre como ceremonia en dos días ni en doscientos. Quizá esta sea la ventaja que tiene América sobre los profesores que vienen de ultramar a enseñarle filosofía: la ventaja de su sonrisa de Gioconda, para la que es preciso hacer sonar instrumentos de música y cantar los juglares sin conseguir ahuyentar su misteriosa melancolía.

En julio de 1923 apareció en Madrid el primer número de la Revista de Occidente, empresa de Ortega destinada a su país y a todo el ámbito hispanoamericano que venía a responder, en forma espléndida, a ese "afán de conocer *por dónde va el mundo*, pues surgen dondequiera los síntomas de una profunda transformación en las ideas, en los sentimientos, en las maneras, en las instituciones", como dice en los *propósitos* iniciales su Director. "Muchas gentes comienzan a sentir la penosa impresión de ver su existencia invadida por el caos. Y, sin embargo, un poco de claridad, otro poco de orden y suficiente jerarquía en la información les revelaría pronto el plano de la nueva arquitectura en que la vida occidental se está reconstruyendo". Se había anudado el diálogo; y como lo ha hecho notar recientemente Roque Javier Laurenza en un artículo aparecido en la segunda época de la Revista, titulado precisamente *Ortega desde América*, el pensamiento español, desde sus artículos y sus libros, y más directamente desde la Revista de Occidente y la editorial del mismo nombre, alcanzaba su mano tendida para que todos examinásemos juntos las ideas en nuestro idioma.

Casi no ha habido tema fundamental que Ortega no pensase y expusiese con brillo extraordinario de escritor y de conferencista. Como la esencia de sus meditaciones era lo humano, se lo leía, durante todos los años que duró su magisterio, hasta 1955, en que murió, y se lo lee ahora más que entonces, con la fruición del asombro ante sus sagaces anticipaciones.

En febrero de 1930 —acaba de salir su libro, *La rebelión de las masas*— y Ortega está en Madrid, en su tarea de profesor, de redactor de sistemas filosóficos, de director de la Editorial y la Revista, de escritor de artículos *pro pane lucrando*, y ¿cómo no? encuentra

tiempo para escribir una larga carta a Victoria Ocampo en París, que claro está, es ella inconfundible; pero a la vez, una mujer. (Aquí convendría recordar en un largo paréntesis que Ortega en sus ensayos sobre el amor y la psicología del hombre interesante, entre alusiones al margen de casi todas sus obras, atribuye específicamente la virtud de la inteligencia al espécimen viril, y sólo la ciega y segura intuición a la mujer: porque es la que detecta al hombre interesante. Además, dentro de la variada forma del amor —amor de enamoramiento, *amour-vanité*, etc., etc.— el matrimonio parece significar para él algo así como la elección que hace el hombre para la prolongación de la especie en sus singularísimas dotes personales. Bueno sería subrayar cuánto hay de medievalismo europeo, occidental, o más precisamente de padre de familia aldeano en esta también recurrente opinión de Ortega sobre la mujer y el matrimonio, que excluye de la esfera del amor).

En esta carta escrita a una mujer, dice: “Tú no eres más que uno de los dos grandes ingredientes de Tu Vida: el otro es el Mundo. Si quieres acertar en Tu Vida tienes que acertar en tus ideas y presunciones sobre el Mundo”. (...) “Ves con evidencia que eso es todo liquidación de una realidad fenecida, fantasma y larva de un pretérito. Pero no es menos evidente que alguna otra realidad se estará preparando. Esa realidad será el Mañana próximo”. (...) “La vida actual *está ahí*, ya hecha. Por eso cualquiera puede verla, usarla, gozarla, saber quien y qué es. La otra se está haciendo, su realidad es su hacerse y sólo se la ve haciéndola, es decir, sumiéndose en ella, en sus problemas, en sus iniciaciones, adoptándola como destino”.

Todo esto, en la carta de un hombre a una mujer —personal, amistosa— no suena a admonición de profesor, sino a diálogo entre seres iguales. Decididamente, dentro del mundo humano (¿hay otro?) la criatura femenina no siempre significa una alteración momentánea. Si lo fuese, equivaldría a la indiferencia, sucedáneo de la propia muerte violenta. El hombre es el único ser vivo que puede decidir, conscientemente, su suicidio.

Yo no sé si este cazador de ideas del que ahora estoy hablando gozó tanto como nos lo dejaba suponer su prédica del sentido festivo y deportivo que debe tener la acción, esto es la vida. También nos dejó entrever que esa fiesta del hombre, en Goethe, no era más que una embriaguez, una alteración. Ortega en sí mismo, ensimismado, no se me presenta teñida su cara por el flujo negro de la melancolía. A pesar de la *razón vital*, muy parecido a Larra: sólo que sin el mal gusto de la pistola romántica. Sus palabras en el prólogo a la *Historia de la Filosofía* de Bréhier equivalen a esos dos días de aislamiento en los que quiso hacerse pararrayos de sí mismo. No habrán conseguido borrarlas los honores de los Estados Unidos con ediciones millonarias de sus obras, Italia con sus comentaristas y lec-

tores entusiastas, Ernst Robert Curtius en Suiza, sus discípulos españoles, The Times de Londres deseando que Inglaterra “dedique algo más que un recuerdo pasajero al filósofo y maestro que ocupa una situación única en el mundo de nuestro tiempo”; Alemania, toda América hispana, al cumplir Ortega sus setenta años en 1954.

Esas palabras, hijas también de una sonrisa, dicen: “No pensamos, no necesitamos pensar que nuestra filosofía sea la definitiva, sino que la sumergimos como cualquiera otra en el flujo histórico de lo corruptible. Esto significa que vemos *toda* la filosofía como constitutivamente un error, la nuestra como las demás”.

FRYDA SCHULTZ DE MANTOVANI

Buenos Aires, octubre de 1965.